

## CONFERENCIAS INFANTILES.

### VIII.

#### PORQUE SÍ.

Veo con satisfaccion, amigos mios, que prestais á mis conferencias más atencion que la que merecen. Pruebádmelo las cartas que de no pocos de vosotros he recibido rogándome que las continúe, y si es posible no vaya sin ellas ningun número de vuestra revista. En cuanto á lo primero, lo hubiera hecho aún sin vuestro ruego, que tengo en mucho, y en cuanto á lo segundo, haré por complaceros, aunque no respondo de que sea por completo, porque habeis de saber (y conviene que lo sepais, como prueba de que la profesion literaria puede dar en España mucha honra, pero da escasísimo provecho) que despues de treinta años de trabajos literarios asiduos, no hay dia

que no tenga que trabajar para ganar el pan del siguiente. Y ya que hablo de las cartas que muchos de vosotros, así niños como niñas, me habeis dirigido, debo daros las gracias por la cortesía, por el respeto, por la modestia que brillan en todas ellas. Así es como los que empiezan á recorrer el camino de la vida deben dirigirse á los que hemos andado ya la mitad ó más de este camino. Os doy gracias por ello tanto en mi nombre como en el de la especie de magisterio que tenemos derecho á ejercer todos los hombres sobre todos los niños.

Perdonadme este que no me atrevo á llamar preámbulo de mi conferencia, porque es incongruente con el principal asunto de ella, y vamos al fin á este asunto.

No me ocuparé en él largamente, porque unos cuantos renglones bas-

tan para razonar el consejo que os voy á anticipar en unas cuantas palabras: está bien que en materias de fe religiosa creais sin examinar, pero en las demas materias examinad, ó cuando ménos sustituid el exámen propio con el de personas que sepan más que vosotros.

En la zarzuela titulada *El Valle de Andorra* hay una salida de pié de banco que consiste en decir que

la española infantería  
es valiente *porque sí*,

y es muy comun en vuestra edad una salida enteramente análoga á ésta, aunque más disculpable, porque los que componen zarzuelas no son niños como vosotros, sino hombres barbados, cuyos desatinos á la faz del público son indisculpables.

Muchas veces suele mediar entre uno de vosotros y su mamá este diálogo:

—Fulanito, ¿por qué no comes?

—Porque no.

—Fulanito, ¿por qué has hecho novillos?

—Porque sí.

El *porque sí* es la pseudo-razon de los que no tienen razon.

Muchas cosas se hacen y se dicen, aún en la sociedad más culta, por pura rutina, que es cosa tan tonta como el *porque sí*.

La mayor parte de las modas tienen por única razon la tonta del *porque sí*. Vosotros habreis notado que de algunos meses á esta parte muchísimos sujetos van provistos de su mechero para encender el cigar-

ro y es muy comun verlos rompiéndose las uñas con el eslabon sin conseguir que prenda la mecha. Pues no creais que la mayoría de estos sujetos han sustituido las cerillas con el mechero por convencimiento de que éste sea ventajoso en economía ó comodidad: las han sustituido por rutina, por moda, por espíritu de imitacion, porque los han sustituido otros, *porque sí*.

Madrid, capital del reino, la poblacion más grande de España, centro y emporio de la cultura española, no es el pueblo español en el que ménos cosas se hacen y se dicen por pura rutina y no porque deban hacerse ó decirse. Pongamos algunos ejemplos.

—*Expresiones* en casa, se dice comunmente aquí en lugar de decirse:

—*Memorias* en casa, como se dice en otras partes.

—¿Sabe V. *guisar*? preguntan aquí las amas de casa á la cocinera que pretende entrar á su servicio; y en otras partes preguntan:

—¿Sabe V. *cocinar*?

—Ando buscando *cuarto* dice aquí el que quiere mudar de casa; y en otras partes dice:

—Ando buscando *habitacion* ó casa.

Si en Madrid se sustituyera la rutina con la razon, se veria que en estos casos la palabra *expresiones* es una vaguedad que sólo tiene fuerza convencional, y se la sustituiria con la de *memorias* ó recuerdos; se veria tambien que *guisar* equivale á componer ó aderezar sin especificar qué, y se sustituiria con *cocinar* que espe-

cifica la acción; y por último, se vería que *cuarto* es propiamente un departamento ó pieza de la casa y *habitación* es el conjunto de todos los que se habitan.

Generalmente se escribe con letra mayúscula todo principio de verso, y aún en las imprentas más peritas se prescinde con repugnancia de esta costumbre. La única razón que se da para ello es el *porque sí*, que me parece razón á todas luces inadmisibile, por más que el uso secular y todas las academias del mundo la prohíben. Esta costumbre, sobre no tener ventaja alguna estética tiene la desventaja de embarazar la lectura de modo que si se escapa al lector el punto final, ni aún siquiera pone entre período y período enteramente distintos la pausa que indica la coma. Abajo, pues, las letras mayúsculas al principio de verso, á no ser cuando preceda un punto final.

Otra mala costumbre, cuya única razón era el *porque sí*, había en nuestra poesía, y digo había porque se ha ido abandonando. Era poner á la cabeza de las composiciones: soneto, décimas, quintillas, romance, octavas reales, ovillejo, silva, etc.

Todavía, hasta el poeta más innovador y razonador, pone especial cuidado, cuando compone un soneto en advertir al lector que lo que ha compuesto es un soneto, y hasta si es de estrambote lo dice, como temeroso de que se le acuse de que ha querido dar gato por liebre.

Esta costumbre, sobre ser inútil, casi casi es descortes. Muy negado

tiene que ser el que lea unos versos y no sepa si lo que lee es un soneto, ó una quintilla, ó un romance, etc.; y si no lo sabe, importa poco que no lo sepa y aún que no lea los versos; y sépalo ó no lo sepa, lo cortes es que el poeta suponga que lo sabe, ó, cuando ménos, se abstenga de decirle que conoce su ignorancia. De todos modos, lo que importa es que los versos gusten al que los lee y no que éste sepa si son soneto, décimas, quintillas, romance, octavas reales, ovillejo ó silva. Esa es cuestión de los que componen Arte poética, y cuando yo me pongo á leer unos versos no me pongo á cursar el susodicho Arte.

Con todos estos ejemplos quiero probaros, amigos míos, que, ya que Dios nos ha dotado á todos más ó ménos pródigamente de criterio propio, debemos aplicarle en todo y por todo á nuestras acciones, sin más limitación que la que senté al principio. Hacer ó decir las cosas por rutina, porque sí, porque otros lo hacen ó lo han hecho, es convertirnos en *ganado imitador*.

En vuestra revista se publicó, no recuerdo cuándo, una fabulilla mia, en que se contaba la lamentable historia de unas ovejas que se arrojaron á un torrente, donde perecieron todas, por la única razón de que se arrojaba la que iba delante. Una cabra que iba con ella,

«Abarco, dijo, lo más  
tres varas de cada brinco,  
el torrente tendrá cinco...  
Pues, señor, me vuelvo atrás.

Y la muy hija de cabra se volvió, y así se libró de la muerte, y abundando en mis opiniones exclamó al ver que el torrente se llevaba á las ovejas:

«Aunque el uso tergiverse,  
siempre por necio tendré  
al que hace lo que hacer ve  
y no lo que debe hacerse.»

ANTONIO DE TRUEBA.

## EL ARROZ.

El arroz es una planta anual de la familia de las gramíneas, y alimenta á más de las dos terceras partes de la población del globo, porque casi todos los pueblos de la zona tórrida, sea en Asia, en África ó en América lo consumen, y es de gran uso en las otras partes del mundo. El arroz no se produce más que en los países cálidos, y nace y muere en el agua, así es que los países donde se cultiva son malsanos. Esto no obstante, no debe sembrarse en parajes pantanosos, pero se sitúan los arrozales cerca de los ríos ó arroyos, á fin de hacer con facilidad el riego.

Se labra la tierra en Mayo y se dispone en bancales cercados de tierra para detener las aguas, de que debe cubrirse todo el campo, se siembra al vuelo, despues de haberlo tenido dos dias ántes en agua. En el mes de Julio se bina, y florece quince dias despues. Es necesario en seguida inundar nuevamente la tierra y desecarla en Agosto para hacer la siega. Cuando está cortado y batido se le despoja de la cascarilla, película fina y amarillenta que está muy

adherida. A este efecto se le machaca ligeramente en morteros de madera, que lo vuelven más blanco y le quitan la facultad de germinar.

El arroz se conserva largo tiempo sin alterarse, y puede trasportarse muy fácilmente.

Aun cuando el arroz sea el alimento fundamental de los pueblos de Oriente, es mucho ménos sustancioso que el trigo candeal; la harina de arroz no tiene gluten análogo á la del trigo. Si una vez hecha la pasta de harina de trigo se amasa con las manos y un poco de agua, todo el almidon se separa, llevado por el agua, y queda, al cabo de cierto tiempo, una pasta gris, viscosa, elástica é insoluble en el agua. Esta parte es la que se llama glúten y es la más nutritiva. El mejor trigo es el que da mayor cantidad de glúten. Este no se obtiene de la harina de arroz, pero se puede moldear como el yeso. Los chinos se sirven de él y hacen una porcion de objetos de gusto, flores artificiales, adornos que reciben los matices de los colores más vivos. En Francia se ha introducido el uso de las hojas de pasta de arroz,

y aunque muy frágiles, los floristas componen magníficos ramos artificiales.

La harina de arroz, desleida en agua, leche ó caldo, se disuelve cuando el líquido hierve. En el agua forma una gelatina ménos trasparente que la del almidon. Su uso está recomendado á los enfermos y convalecientes, pero es impropio darle el nombre de *crema* de arroz.

No conteniendo esta harina glúten, no es propia para la panificación: mezclada con la harina de trigo, hace el pan compacto, insípido é indigesto. En los países en que el arroz es abundante se come en grano remojado al vapor del agua hirviendo ó en el agua caliente, sin llevar

la cocion al extremo de que se abra el grano, porque en este estado es de difícil digestion.

En Europa no se usa el arroz más que en la sopa ó en pastel. En Oriente se une á toda clase de alimentos, se come mezclado con las aves, con ciertos moluscos, y es el alimento que los orientales llaman *pilau*.

Tambien se emplea el arroz para engordar y alimentar á las aves; haciéndole fermentar y destilar se obtiene un licor espirituoso, llamado *rak* ó *arak*. En fin, con la paja de arroz se fabrican tejidos ligeros y de un precioso blanco, que sirven á las señoras para los sombreros de verano.

TH. LEBRUN.



## EL GIGANTE DE LA FRENTE DE ORO.

### I.

Era un hondo y delicioso valle rodeado de escarpadas colinas, entre las cuales descollaba una empinada montaña, inaccesible, al parecer, á los más ligeros y veloces animales.

En lo alto de su cresta, como rey y señor de aquellos vastos horizontes, asentaba su planta atrevida y majestuosa un colosal gigante de bronce, cuya frente de oro bruñido diera envidia á las más radiantes estrellas, si éstas no se halláran demasiado altas para conocer un pecado tan feo, y siendo en aquellas elevadas regiones todo paz y contento, miraban muy tranquilas y satisfechas cómo su hermana de abajo esparcía aquellas ráfagas de luz por el espacio, como quien dice: «allá voy á acabar con las tinieblas.»

Los sencillos habitantes del valle no sabían á punto fijo cómo apareció por aquellas alturas el resplandeciente coloso, ni de él se cuidaban mucho tampoco, pues nadie había imaginado escalar la montaña para mirarle de cerca.

Conrado era un niño atrevido y presuntuoso, de esos que saben las lecciones con una sola vez que las lean, y las olvidan con la misma facilidad que las aprendieron, y con idéntica serenidad dicen un disparate propio como una sentencia ajena,

dejando á sus profesores aturdidos y perplejos. Tiranuelo del lugar y de la escuela, ejercía su caprichoso dominio sobre el último parvulillo como sobre el mismo maestro D. Nicomédes Casca-rabias, apreciable sujeto, tenido por un pozo de ciencia por aquellos pacíficos moradores, hasta tanto que Conrado les hizo caer en la cuenta de que él solo, á los doce años, sabía más que todos los Nicomédes habidos y por haber, que este, á lo que entiendo, era el nombre que por aquellos tiempos usaban infaliblemente los maestros de aquella comarca.

Una mañana Conrado reunió á sus súbditos á las puertas de la escuela, y prohibiéndoles pasar más adelante formólos en dos filas, y dirigióse, al frente de su improvisado ejército, á la plaza del lugar.

—¿Veis, les dijo, aquella montaña tan alta, tan alta, y aquel gigante que toca al cielo con la cabeza?

Los niños se miraron unos á otros con muestras de terror, creyendo se le habría metido en la cabeza la idea de hacerles subir á la peligrosa cima para que le trajeran el descomunal gigante atado de piés y manos, por sólo el gusto de coserle los faldones de la casaca al pantalon, como hacía con el bueno de Casca-rabias.

—¿Veis aquella montaña y aquel gigante? repitió nuestro héroe, in-

terpretando muy á su favor la estupefaccion de sus subordinados. Pues allí me subo en ménos que canta un gallo.

Y, manos á la obra, Conrado no era hombre que reflexionára mucho las cosas.

Los chiquillos lanzaron un grito de admiracion y alegría, no sabemos si esta última motivada por no tener que subir ellos, ó por la esperanza de que su despotilla se rompiera la crisma por aquellos vericuetos.

Entre tanto nuestro niño, no sin algun trabajo y fatiga, tropezando aquí y resbalando allí, ora amparándose de los crecidos mastranzos, ora arañándose con los ásperos tomillos, ora dejando sendos jirones de su piel entre los fieros espinos, que debian ser muy insociables cuando tan mal recibian al primero que se les ponía delante, llegó por fin á colocar su planta sobre la peana del coloso.

— Verdaderamente vale más que nosotros, decian los más reacios de abajo.

— ¡Y qué duda tiene! contestaban los más dóciles.

Conradito comenzó á descender, y en aquel punto levantóse un murmullo, que si al principio pudo compararse al susurro de la brisa entre el follaje, asemejaba poco despues al despeñado montaraz torrente que no conoce diques ni murallas. Gritos frenéticos, vítores estrepitosos, á los cuales se unía el repique de campanas y almireces, formando todo ello una infernal algarabía.

Pero ¿por qué tanto ruido?

A la verdad, sus motivos tenian los sencillos moradores del valle para mover toda aquella algazára, pues habia sucedido un portento.

A medida que nuestro hombrecito adelantaba en su descenso, distinguíanse más vivos y brillantes los fulgores que partian de su frente coronada de luz. Sin duda que al recibir directamente en ella los rayos que lanzaba la cabeza del gigante habia adquirido su misma propiedad.

Conrado, desde que puso el pié en el valle, orgulloso, altanero, desvanecido, recibia con cierto desden afectuoso los plácemes de aquella multitud entusiasmada; pero la verdad era que estaba rendido, y acabó por repartir algunos mojicones á todo el que se le ponía delante.

No tardaron en colocarse á una respetuosa distancia los officiosos admiradores, y el flamante muchacho, con la vista en las nubes, como si la tierra que le sustentaba fuera indigna de sus miradas, encaminó los pasos á su vivienda; pero con tan mala suerte, que no hubo esquina, poste, árbol ni parte saliente contra la cual no fuera á dar de cabeza.

El sencillo pueblo aplaudia más frenético, interpretando aquellos fieros trompazos como bizarros alardes de su fuerza, pues su frente debia ser tan invulnerable como resplandeciente.

Pero en realidad, el pobre Conrado padecia excesivamente: la fiebre circulaba por sus venas, alzándose jadeante su pecho con irregular movi-

miento, y el acelerado latido de sus sienes sólo podía compararse al rápido vaiven de su corazón.

Por fin llegó á su cómoda, aunque sencilla morada, traspuso con ademán altanero aquellos tranquilos umbrales fecundados por el sudor del padre y santificados con las bendiciones de la madre, y fué á dar gallardamente de cabeza contra la saliente cornisa de la chimenea.

Los padres acudieron á él solícitos y amorosos; pero el niño, sin abatir su frente esplendorosa, rechazólos con mal modo, ahogando en una carcajada el grito de dolor que se escapaba de su pecho. ¡Pobre Conrado, y cuán pesada comenzaba á hacersele aquella corona resplandeciente!

(Se continuará.)

ANTONIO R. DEL CASTILLO.

## ESCENAS INFANTILES.



Poca gracia me hace la escena que representa esta viñeta. Tres niños traviesos tratan de afeitarse al enorme perrazo que es su amigo y compañero inseparable. Bueno y amable y sufrido es el animal, pero la paciencia se les acaba á los perros, como á los hombres, cuando se abusa de ellos. Milagro será que el perro no eche á rodar á los tres chicos para librarse de sus gracias.





ESCENAS INFANTILES.



Bueno es tener valor para afrontar los peligros cuando no han podido evitarse; pero el valor no es la temeridad.

Ese niño que veis en la viñeta está, por hacer alarde de valiente, provocando á un perro furioso que si se arroja sobre él podrá hacerle gran daño y quitarle acaso la vida.

El valor se debe mostrar cuando es preciso en propia defensa ó para favorecer al prójimo, pero es necio orgullo hacer fuera de sazón alarde de un valor completamente inútil y peligroso, como en la ocasión que os dejo citada.



## NIÑOS CÉLEBRES.

(Continuacion.)

Tito Manlio.

Lucio Manlio, general romano, habia tenido la desgracia de hacerse odioso al pueblo por más de un concepto: habia mostrado en primer lugar una dureza sin ejemplo en la conscripcion de soldados, y ademas su carácter era incapaz de todo sentimiento de compasion. Por último, habia confirmado, con su conducta habitual y con nuevos actos diarios, el renombre de imperioso que se habia tomado él mismo con el propósito de autorizar más su excesivo rigor. Pero su dictadura tocaba ya á sus últimos momentos. El tribuno Marco Pomponio le emplazó para que compareciese ante el pueblo á dar cuenta de su conducta. Entre otros graves cargos que le dirigió, acusóle de haber relegado de la sociedad y retener en los campos á su propio hijo Tito, conocido despues con el sobrenombre de Torcuato, jóven en quien no se encontraba otro defecto que el de ser tartamudo.

Llegó este hecho á noticia de Tito, y no pudiendo llevar en paciencia el que se le tomase como objeto de acusacion contra su padre, adoptó inmediatamente un partido, propio, en verdad, de sus costumbres agrestes y salvajes, pero no por eso ménos laudable, atendiendo al noble motivo,

al fondo de amor filial que le impulsaba. Toma la espada, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, como vulgarmente se dice, se pone en camino protegido por la oscuridad de la noche, y llega á Roma. Al dia siguiente, muy temprano, se dirige á la casa de Pomponio y se hace anunciar con urgencia, y dándose á conocer desde luégo por el hijo de Manlio. Imaginando el tribuno Pomponio que el jóven, indignado con los duros tratamientos de que habia sido objeto por parte de su padre, venía á dar nuevas armas para emplearlas en la acusacion, da órden para que le dejen pasar en el acto, y se queda á solas con él. Tito, que no deseaba otra cosa, desenvaina su espada, y poniendósela al pecho al acusador de su padre, que áun permanecia en la cama, le amenaza con darle muerte en el acto sino le hace juramento solemne de abandonar desde luégo los procedimientos incoados contra Lucio Manlio. Sorprendido Pomponio con tal amenaza, sintiendo casi rasgado el pecho por la acerada punta de aquel arma y no teniendo medio alguno de defensa contra un jóven vigoroso y resuelto, se vió obligado á pronunciar el juramento que se le exigia y en los mismos términos que Tito le dic-

tó. Acto seguido hizo un nuevo llamamiento al pueblo, expuso la razon que le obligaba á desistir de su propósito, y dejó á Manlio tranquilo.

El pueblo romano hubiera preferido, sin duda alguna, que hubieran continuado las actuaciones hasta ver castigada la iniquidad y la soberbia de un hombre á quien odiaba, con razon hasta cierto punto; pero no pudo ménos de perdonar la conducta de un hijo que tan temerario paso habia dado por salvar á su padre, conducta que parecia tanto más digna de consideracion cuanto que la perversidad y la injusticia de un mal padre no le habia impedido proceder como buen hijo. Esta consideracion fué causa de que por via de honor y recompensa á su virtud se le concediese el segundo puesto entre los seis tribunos militares que se crearon en aquel mismo año, por más, que el malaventurado jóven no hubiese podido distinguirse por ningun hecho de armas, toda vez que habia pasado la vida hasta entónces en el campo, alejado casi de todo trato social.

Coroliano desarmado á la vista de su madre.

Cáyo Marcio, que en la toma de Coriola conquistó el sobrenombre de Coriolano, habia perdido desde muy tierna edad á su padre, y se crió y educó bajo la cariñosa tutela de su madre. La naturaleza habia sembrado en su alma las más nobles aspiraciones de gloria; mas como no ayudaba á sus deseos la instruccion

necesaria para poderlos realizar, luchando en su interior con esa contrariedad, concluyó por dejarse dominar por su cólera y por hacerse de una condicion irascible y terca hasta un punto increíble.

El ejemplo de este hombre ilustre es un prueba, entre otras muchas, de que el fondo de mejores inclinaciones, semejante á un terreno naturalmente feraz pero descuidado, puede ser tan fecundo en vicios como lo sería en virtudes si no se dirige y cultiva convenientemente.

Como Coriolano, por efecto de su genio oscuro, era poco aficionado á placeres y diversiones, y no tenía cabida en su alma la idea de ambicion, y mostraba un arrojo infatigable, era por lo general muy encomiada la austeridad de sus costumbres, su desinterés y su intrepidez; pero al mismo tiempo era insoportable la violencia de su mal humor y sus arranques, sus maneras brutales y su trato incivil. El fruto más notable que obtienen los hombres del continuado estudio y del comercio con las bellas letras es el de dulcificar la fiereza de su carácter; depurarle de todo aquello que la naturaleza puede haber mezclado en él de aspero y de grosero. Las bellas artes cultivadas con esmero dulcifican indudablemente las costumbres. No hay hombre, por insociable, que sea, que no llegue á hacerse tratable y humano á poco que se deje guiar dócilmente por los consejos de un prudente maestro.

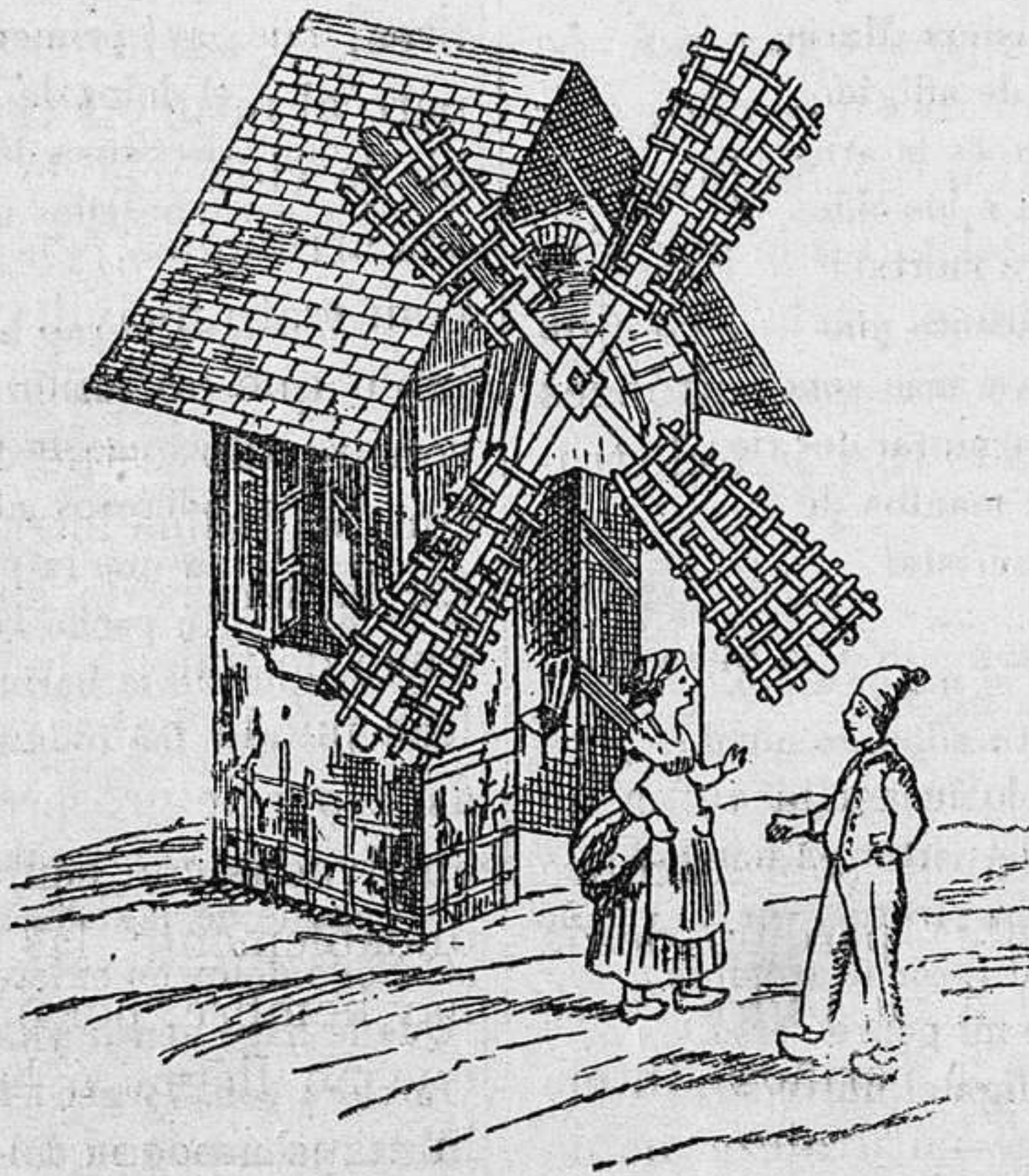
Marcio, desde que en su juventud

se dedicó á las armas, rara vez volvió de la campaña sin una nueva corona ó alguna otra recompensa militar. Los demas guerreros buscaban la gloria por hacer alarde de su valor; pero Marcio buscaba en la gloria el medio de lisonjear á su madre, á quien amaba con cierta especie de idolatría. Cuando ella le abrazaba cubriéndole la frente de alegres lágrimas, bien porque hubiese oido elogiarle en público, ó por haberle visto condecorar con una nueva corona, contemplando la alegría de su madre, se creia Coriolano ser el primero y más feliz de los mortales.

Semejante á Epaminondas, que aseguraba que su mayor placer y

toda su dicha consistia en haber tenido á sus padres por testigos de la gloria que había adquirido en la batalla de Leuctras y de la cual habían participado con él, Coriolano tenía la misma complacencia respecto á Veturia, su madre. Deseando hacerla disfrutar siempre, como desde que murió el autor de sus dias, de todos los derechos maternales y paternales que en ella habían quedado asumidos, este buen hijo no creia jamas poder hacer bastante para satisfacerla y honrarla. Si se casó fué sólo por complacer á su madre, y áun despues de casarse y de ser padre de muchos hijos siempre la mantuvo á su lado.

(Se continuará.)



A NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES.

¡Casto lucero  
De la mañana,  
Flor que lozana  
Crece en Abril!  
¡Tú, la más bella,  
Tú, la más pura,  
Tú, la que augura  
Venturas mil!

—  
¡Mística rosa,  
Arca preciosa,  
Que en sí un tesoro  
Guarda de amor!  
¡Astro que lanza  
Luz de bonanza,  
Puerto seguro  
Del pecador!...

—  
¡Dulcísima María,  
Consuelo de afligidos,  
Tu nombre es la armonía  
Más grata á los oídos  
Del mísero mortal!  
Sea el acento mío  
Más dulce y más sonoro  
Que el murmurar del río,  
Que sobre mantos de oro  
Desata su cristal.

—  
Es de mis versos el mejor aliño.  
¡Oh Virgen pura, tu adorado nombre,  
Tu fuiste mi consuelo cuando niño,  
Mi tierno amor al despertar ya hombre:  
Haz, pues, que al inspirarme en tu cariño,  
Mi humilde canto al resonar asombre,  
Y que pendiente de mi pobre verso  
Te admire y te bendiga el universo!

—  
¡Ah, que yo imploro tu piedad, y olvido  
Que el hombre fué tu bárbaro verdugo,  
Y que tu pobre corazón herido,  
Sintió de aguda pena el fuerte yugo;

Mas no el rencor, sino el perdón pedido  
A tu pecho magnánimo le plugo,  
Cuando no puede haber perdón que cuadre  
Al que rasgó tu corazón de madre.

—  
Yacé Jesús de angustia y dolor lleno  
Inclinando hácia el suelo la alta frente,  
Hincha la mar su poderoso seno  
Y el astro rey se inclina de repente;  
Ronco retumba el pavoroso trueno,  
Repítese el relámpago fulgente,  
Y tú ¡oh Virgen! al pié del árbol santo  
Viertes amargo y silencioso llanto.

—  
Acudid, tiernas madres doloridas,  
Y contemplad con triste afán prolijo,  
Sus lágrimas que corren confundidas  
Con la preciosa sangre de su hijo.  
Rindierais ¡ay! primero vuestras vidas  
Que sufrir el dolor de la que dijo:  
«El mundo es causa de mi afán profundo,  
¡Paz y perdón, Dios mío, para el mundo!»

—  
Tú que á tu tierno hijo concebiste  
Sin dolores, sin sombra de pecado,  
Tú que apenas nacido ya le viste  
Por reyes poderosos adorado,  
Sientes ahora que la pena embiste  
Con fiereza tu pecho lacerado,  
Contemplando la bárbara agonía  
Del hijo que fué toda tu alegría!

—  
Y sin embargo, cuando cruza el hombre  
Este valle de lágrimas sin cuento,  
Cuando dolor no existe que le asombre,  
Que le haga sentir ya el dardo sangriento,  
Implora ¡oh Virgen! tu sagrado nombre;  
Y tú, calmando su dolor violento,  
El llanto enjugas con amor prolijo  
De aquel que fué verdugo de tu hijo.

—  
¡Ah! yo que errante y triste peregrino

Vago por el desierto de la vida,  
Sin que alumbre una estrella mi camino,  
Sin paz ya para el ánima afligida,  
Te ruego, ¡oh Virgen! que el amor divino  
Que en tu sublime corazon se anida,  
Me preste un rayo de su luz que anhelo,  
Me guíe al fin al suspirado cielo.

Olvida tu dolor, reina y señora,  
Tus angustias cruelísimas olvida,  
Y sé la tierna madre intercesora  
Que dulce paz para los hombres pida;  
Las lágrimas enjuga del que llora,  
Sé nuestro escudo y poderosa egida,  
Porque sin tí ¡oh María! para el alma  
No hay ventura, no hay paz, no hay fe, no  
[hay calma!

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Si ayer rendida, solitaria y triste,  
Copiosísimo llanto de amargura  
Al pié del árbol de la cruz vertiste,  
En cambio ¡oh Virgen pura!  
Hoy, admirado el mundo,  
Con respeto profundo  
Inclina la rodilla,  
Venerando tu imágen sin mancha.  
Tu amor de luz al universo inunda,  
Tu eres la viva lumbre  
Que todo lo fecunda,  
Y así como del Líbano en la cumbre,  
El inflexible cedro  
Al huracan violento desafía,  
Así detienes tú la mano impía  
Que intenta hundir la nave de San Pedro.  
El mundo que tu amor santo bendijo,  
Hoy se agita en el caos más profundo:  
El mundo fué asesino de tu hijo.  
¡Tú salvarás con tu piedad al mundo!

JOSÉ F. SANMARTIN Y AGUIRRE.

## LA RAZON Y EL INSTINTO EN LOS ANIMALES.

(Continuacion.)

Considerando á los pájaros en sus relaciones con su progenitura, vemos que todos construyen nidos, si bien es verdad que primero son para ellos; pero las precauciones de arte que emplean en la construccion de sus encantadoras moradas están en relacion especial con las necesidades de sus pequeñuelos. La habilidad de los pájaros en ese género de trabajo sería un prodigio inexplicable si la teoría de las causas finales no demostrase la necesidad: no hallando en los aires el abrigo que la tierra ofrece á los animales que habitan su su-

perficie, debian construir sus albergues de lo primero que hallasen, y no teniendo para esto más instrumento que el pico, debian estar dotados, en el empleo de ese único instrumento, de una habilidad maravillosa. En efecto; ¡qué arte presentan la mayor parte de esos nidos, formados de plumas, de crines, de paja, de lana, entrelazados y tapizados de musgo, de pelusa, á veces consolidados por un cimiento que el mismo pájaro compone! Para ejecutar una cosa parecida necesitaria el hombre toda su industria é instrumentos que

sólo la civilizacion ha podido poner en sus manos.

Por lo demas, conforme acabamos de ver, reina una extraordinaria variedad en la composicion de esos nidos. El del águila es muy sencillo: algunas ramas entrelazadas y tapiadas de brezo ó de pieles de animales en el hueco de alguna roca, bastan para guarecer los aguiluchos con sus padres, que no tienen la delicadeza de otras razas más diminutas; y ademas, que el área del águila debe servir de receptáculo á la caza y las numerosas provisiones que trae para su familia, por cuyo motivo debe ser vasta, porque forma una habitacion completa. La golondrina construye su nido sobre nuestros edificios, y sin otro material que un cimientito que ella hace y que humedece con el agua con que moja la pechuga al pasar sobre la superficie de los mares ó de las aguas corrientes. El jilguero construye generalmente su nido en los cardos, porque en ellos encuentra un sosten en las espinas, y víveres en su simiente, al mismo tiempo que materiales de construccion. Los pájaros que hacen sus nidos en los trigos son ménos cuidadosos, porque están protegidos por las espigas que les rodean. Por último, las gallináceas, y sobre todo las aves de corral, no hacen nido, ni siquiera lo saben hacer, esto es, lo que hubiera adivinado el hombre por el sencillo conocimiento y el destino de esas especies. Los pájaros que no están entregados á su independenciam y que se hallan colocados bajo el cui-

dado del hombre, no tienen necesidad de crearse un abrigo, puesto que nosotros se le damos.

Observemos á los pajarillos al salir del cascaron. Todos los que provienen de padres salvajes, y que reciben de ellos el alimento, están en un estado de debilidad parecida á la de los mamíferos y á la del hombre mismo durante los primeros dias de su vida. Son impotentes para abandonar la morada paterna, porque no sabrian cuidarse á sí mismos; y porque son débiles é incapaces de procurarse los alimentos, su padre los buscará y los proporcionará á sus hijos, segun conviene á su edad. Dirijamos la vista sobre los polluelos que acaban de romper el cascaron que les servia de cárcel; apenas nacidos, los vemos correr con ligereza hácia el grano, saben desde luégo escarbar la tierra para buscar los granos imperceptibles y los insectos que más les agradan. Pues bien, éstos al nacer se tienen sobre sus patas y corren guardando el equilibrio. ¿A qué es debido esto, filósofos? Os lo voy á decir. Es preciso que los polluelos puedan andar y correr al nacer, porque es indispensable que se busquen el alimento. ¿Qué interes ofrecen los hijuelos del águila, del mochuelo y del cuervo? Estas razas se propagan poco, y los pájaros destructores, sobre todo, sólo forman raras poblaciones. Los que, como nuestras aves de corral, proporcionan, por el contrario, al hombre grandes ventajas, producen mucho más que los otros, y sus costumbres,

sus facultades, sus hábitos, están en armonía con su nombre.

En todo se ve que el objeto precede, y que el medio sigue y se adap-

ta; porque tal es precisamente el carácter de una inteligencia que prevé y dispone.

(Se continuará.)

P. V. O.

## ESCENAS DEL CAMPO.



LAS ESPIGADORAS.

MADRID, 1875.

IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y COMPAÑÍA (SUCESESORES DE RIVADENEYRA),  
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,  
calle del Duque de Osuna, núm. 5.